

ETRUSCOS

Había
—no necesito recordar—
un friso etrusco
con sus caballos desbocados
y esas mujeres blancas
erguidas sobre los triclinios.
El aire era de fiesta.
En ese pueblo muerto
alguna vez la vida
tuvo voces, fiestas populares,
hombres ebrios vencidos
después de las victorias,
dichas imperdurables.
(Y sin embargo
el viejo friso moría,
moría siempre
con sus caballos descascarados,
con sus mujeres detenidas
en el momento
de una sonrisa casi sin color).

Sé por qué
no he olvidado
después de años
el viejo friso pendiente sobre la memoria:
nosotros somos los Etruscos,
algo vencidos por la Historia,
algo roídos como los viejos frisos,
un poco sepultados
por la montaña de los días.

DE VINCENT A THEO

Hermano:
hay una luz sobre los árboles,
y en el trigo encendido.

¿Ves en mí
ese aire candente
de los seres?

Y de mí, y en mí
¿qué luz, qué aura
nace?

¡Aquí al Sur
el sol encandece
y tiemblo!



EL LAMENTO DE EMILIA WINGRAVE

William Henry no ha vuelto de su paseo de la tarde
por los parques apenas iluminados por la llovizna.

Temo por su corazón: precisa más cuidados
que este cuerpo mío tieso que se adelantó a mi muerte.

Los dos estamos viejos, pero él es como un niño:
se oculta para no espantar los mirlos
y se detiene para ver pasar las nubes
cuando se abre la niebla.

Me apena su corazón, y me apena también
saber que cabalga, hace tiempo, allá lejos
donde no compartimos el verdor infinito
ni la noche infinita cayendo sobre las pampas.

Yo ahora voy a morir, y me apena que él no regrese
y se enfríe en la humedad inhóspita de los parques,
y me apena que se quede solo con su corazón enfermo
y con su alma empeñada en una cabalgata imposible.

Él es como un niño, y está tan solo aquí,
tan solo con tantas cosas que ha amado.

EL AIRE EN LAS MONTAÑAS

He cambiado
un árbol por un árbol
un cielo por un cielo
una tierra por otra.

A veces, sin embargo
—lejos ya las colinas, los trigales,
los montes de espinillo—,
me sorprende un aire
de paraísos florecidos.
O simplemente el rumor
de una siesta
imprecisable.

Si miro entonces
las montañas
no veo las hogueras otoñales
saludándome.

Mis hijos me hablan
y no pueden saber que entre los ñires
otra es la brisa
que sacude las hojas.
Me tiran de la mano
y compruebo
que la noche se acerca
y es necesario regresar
para encender las lámparas y el fuego.
La noche siempre
nos acerca a nosotros,
nos devuelve a ésta
nuestra tierra elegida.

Otro es el aire
y es el mismo.

GUARDÁBAMOS UN PÉTALO

Guardábamos un pétalo
para qué
secábamos un pétalo
olvidábamos
algo de una flor
entre las hojas de los libros
y al cabo de los años
sin querer
reconstruíamos
apenas un hálito
ese color yacente
ese tejido inerte
saludándonos
haciéndonos gestos
inmóviles
desesperados
desde el olvido.

ARTE POÉTICA

Es primero
una pelea de pájaros
adivinada apenas
contra el cielo.

El poema desciende,
victorioso,
pesado de nubes,
barrido por los vientos.

El poema concluye
cuando un avión
aterrija
sobre la palma de la mano.



DIEGO ANGELINO
POEMAS

CAROLI WILLIAMS
DIBUJOS